

## LA NUEVA OLA DE REACCION TOTALITARIA

Iñaki Aginaga

En la nueva política globalizada por el poder hegemónico, el temor a una reacción fascista "más negra todavía" parece ya el único estímulo efectivo para las masas de votantes y manifestantes tantas veces solicitadas y siempre burladas. Pero el miedo a lo peor es la forma más equívoca, resbaladiza, engañosa y peligrosa del oportunismo y el derrotismo, cuando la pretendida progresión realista-posibilista-minimalista aparece ya como regresión abierta y declarada y sólo se trata de "evitar" el desastre absoluto. Los "demócratas" que han tomado esa orientación siguen o votan a toda forma de reacción, si encuentran "un peligro mayor" que les dé pretexto y oportunidad. Pero siempre hay un peor, real o imaginario, que justifique un nuevo paso en la disolución y la integración. Con el miedo o el pánico a lo peor como supremo guía y consejero, "hell is the limit" de la involución totalitaria.

El miedo a "algo peor" como coartada del apoyo y legitimación de la reacción es renovable al infinito. El mal supremo y absoluto, aún dentro de la más completa liquidación democrática, no existe. Más allá del despotismo tradicional se agita ahora el espectro de la extrema derecha, que desplaza aquél hacia el centro moderado y le hace acreedor al apoyo de los "demócratas". Pero, liquidada ya toda oposición, más allá de la extrema derecha cabe una ultraderecha, que desplazará la extrema derecha hacia el centro moderado y la hará acreedora al apoyo de los "demócratas". Pero la amenaza, así confortada, de una superderecha etc. etc. La última opción táctica-realista-posibilista-minimalista se ofrece a los "demócratas" bajo las duchas de las cámaras de gas.

El miedo a lo peor como guía supremo no abre el camino a la unión y potenciación de las fuerzas democráticas, sino a su decomposición, paralización y recuperación por la reacción fascista y nacionalista, más unida y poderosa que nunca. Lleva a la ocultación o el sabotaje de los recursos reales de la democracia, a la ruina estratégica, a las peores ilusiones, a los peores apaciguamientos y compromisiones. El miedo a lo peor es la base populista de la estrategia de lo peor y lleva fatalmente a lo peor todavía. Provoca y amplifica mayores desastres que los que dice querer evitar. Ofrece amparo, coartada, pretextos, excusas y cobertura al paso en masa de la pretendida oposición de izquierda y de extrema izquierda a la derecha nacionalista y fascista tradicional. Nutre, prepara, fomenta e impulsa el fascismo en sus peores manifestaciones, como tantos desastrosos antecedentes históricos han venido a demostrar. Las fuerzas democráticas no caen en tales encerronas, o dejan de ser fuerzas democráticas.

Ante la reacción y el fascismo, o la democracia tiene fuerza o no la tiene. Si las fuerzas democráticas son reales, se manifiestan con su estrategia propia, distinta y sin confusiones. Agrandan y utilizan las menores eventuales contradicciones, incluso funcionales, superficiales o puntuales, de la reacción nacionalista y fascista, en lugar de crear las condiciones para su remedio y la consiguiente integración de las "derechas". En su estrategia contra el fascismo y el nacionalismo, vengan de donde vengan, localizan y ponen de

manifiesto la diferencia estratégica y tácticamente capital entre la contradicción principal y la contradicción secundaria, en lugar de invertirlas o confundirlas, profundizan y ponen de manifiesto la contradicción estructural, fundamental, permanente entre las fuerzas de la reacción y las fuerzas de la libertad, la democracia y los derechos humanos, afirman la exigencia del derecho fundamental de autodeterminación o libertad de los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás, la exigencia de independencia inmediata de los pueblos frente al imperialismo. No se diluyen, no se integran en votaciones, manifestaciones y despliegues estratégicos o tácticos de la reacción imperialista y fascista, ante el primer espantapájaros o retardatario émulo de Mussolini que el despotismo actual y real agita ante sus víctimas propiciatorias. Las fuerzas auxiliares “democráticas y de izquierdas” que siembran el pánico ante la “extrema derecha” esconden y desplazan la contradicción principal entre las fuerzas de la reacción y las fuerzas de la libertad y la democracia, sustituyéndola por la “contradicción” interna y funcional entre las fuerzas de derecha extrema o tradicional. Una estrategia con algún contenido puede, en mayor o menor medida ser equivocada, pero su propia dinámica, su efecto ideológica y políticamente integrador, son ya un avance inestimable. Los pueblos se movilizan por grandes causas y, en todo caso, por la libertad, no lo hacen por humillantes platos de lentejas. Una clase política digna de este nombre lleva a un grupo social hacia adelante, no tira de él hacia atrás hasta hacerlo desaparecer. Al nacionalismo y al fascismo se les combate con una estrategia propia, coherente, permanente y consecuente de las fuerzas democráticas, estén donde estén, con elecciones o sin ellas. Si las fuerzas democráticas no existen, no se les combate con nada. La incorporación a la derecha tradicional para “combatir a la extrema derecha” arrastra e implica, no sólo el ridículo “electoral”, sino la pública confesión de la inexistencia de toda fuerza real de oposición. El “realismo minimalista” ha pasado bajo la barra de toda viabilidad y de toda realidad políticas. Pero por debajo no hay nada.

Una estrategia democrática no se modifica a la petite semaine, según coyunturas electorales episódicas, que se pretenden transcendentales. No puede quebrarse o alterarse o subordinarse con vista a las modalidades electorales, las aleas y las peripecias de una marejada gubernamental. El oportunismo electoralista cree o quiere todavía hacer creer que el poder político “se funda” y se ejerce en las urnas, prefabricadas por los poderes formales o fácticos que lo constituyen. Pretende ocultar que la presencia y la estrategia de las fuerzas democráticas, como las correspondientes de la reacción, trasciende, dirige y decide de forma incomparablemente más efectiva la totalidad de la vida política nacional e internacional. Una oposición democrática real y consecuente, fuera o dentro del parlamento, opone a las fuerzas de la derecha, tradicional y “extrema”, una resistencia efectiva. “La acción de las masas –una gran huelga por ejemplo– es más importante que la acción parlamentaria siempre y no solamente durante la revolución o en una situación revolucionaria.” “La onda viva de la voluntad popular rodea constantemente los cuerpos representativos, los penetra, los orienta”, sin excluir los parlamentos “reaccionarios o muy moderados”. Pero “ni la derecha ni la izquierda” tradicionales quieren saber nada de una “onda viva popular”, cuyas implicaciones, cuyos fantasma o simple evocación temen como la peste.

Las “diferencias” entre el nacionalismo y el totalitarismo de “la extrema derecha” y la derecha tradicional permiten “justificar” el apoyo a las versiones más probables y rentables.

Para “combatir el peligro” imaginario de una “extrema derecha” tremolada como un tigre inflable por enormes campañas mediáticas de los monopolios de propaganda e intoxicación de masas, se da apoyatura a la derecha tradicional y real, “la más capacitada para cerrarle el paso”. Pero la derecha tradicional no va a cerrar nada a un cliente al que no teme electoralmente ni de otra manera y con quien comparte naturalmente los objetivos fundamentales de la derecha nacionalista. No es la ruptura entre las derechas sino el cambalache entre las derechas el resultado de tales operaciones tácticas de las “izquierdas”. No es el avance de la “extrema derecha” el que hace retroceder a las “fuerzas democráticas y de izquierdas”. Es la ruina o la ausencia de fuerzas democráticas y de izquierdas la que ha dejado el campo abonado para el avance de la “extrema derecha”, de la derecha tradicional y sus comparsas de “izquierda” en general. En lugar de una derecha dividida frente a una oposición democrática unida e independiente, el resultado es la globalización de una derecha unida, con un ala “izquierda” de comparsas a su servicio. La derecha nacionalista real se identifica ya con el cuerpo político entero y total, con los ya incorporados “demócratas de izquierda” como “rama de izquierda de la derecha”. Nunca la “extrema derecha” oficial, enfrentada a una auténtica oposición democrática, podría soñar con una realización parecida de sus propósitos, tal como sus “vencedores de la gran coalición democrática” están en condiciones de realizar. Para “cerrar el paso” a un pretendiente absolutamente desprovisto de posibilidad de triunfo, un presidente saliente más debilitado que nunca se encuentra, gracias a las “fuerzas democráticas y de izquierda” con un apoyo electoral absoluto, pues su única “oposición” en las urnas es la “extrema derecha”. Tal es el resultado de la política de colaboración con la derecha tradicional de los pretendidos movimientos “democráticos de izquierda”.

Los que gritan “al lobo” saben perfectamente de qué va y lo que se hacen. La “extrema derecha” no está ya donde la buscan “demócratas” ingenuos y menos ingenuos. La extrema derecha no se presenta ya con uniformes pardos, negros o azules y otros signos distintivos, ni se sitúa ya en sus tradicionales zonas reservadas del casillero político. La extrema derecha nacionalista y fascista avanza ahora por todo el tablero y prepara su dominación total, protegida, inspirada, alentada, justificada por una “extrema derecha” de opereta, en abnegado y fructífero servicio a la reacción real. Por miedo a la “extrema derecha”, la pretendida izquierda democrática abre el camino a la extrema derecha y la derecha tradicional juntas. Sólo le queda incorporarse al cotarro o colgarse con la cuerda que ella misma trenzó. Desgraciadamente para la democracia, no cabe duda sobre la decisión tomada.

La “extrema derecha oficial” es el complemento funcional de la derecha real, la referencia para situar la derecha real “en el centro y la izquierda”, es la sugestión y la proposición de los valores, los fines, las medidas que serán adoptadas con eficacia muy superior, por “la derecha y la izquierda moderadas”, una vez recuperadas y “blanqueadas” por sus nuevos valedores. El resultado de su “derrota”, es decir del éxito de su función real, es la instauración de un régimen “de derecha” más potenciado que nunca por una mayoría mayor que nunca, reconocido y legitimado por la supuesta oposición de sus comparsas de la “izquierda socialista-comunista-ecologista”, con el nacionalismo y el chauvinismo como único eje discernible de identidad compartida. Basta ver el clima y las manifestaciones de afectividad espontánea que siguen a la “victoria de la nación sobre la extrema derecha” para constatar

que el nacionalismo es su motor principal. Sin el nacionalismo de la derecha tradicional, no es a favor de ésta como se habría sacrificado y movilizado la “izquierda” tradicional, que es capaz de “renunciar” a todos sus retóricos y populistas “principios”, pero no a su propio nacionalismo, y es capaz de aliarse con todos, a condición de tener por enemigo común y prioritario a los pueblos que reclaman su libertad frente al imperialismo francés.

El nacionalismo imperialista y la ruina del derecho de autodeterminación de los pueblos, del derecho de independencia frente al imperialismo, tienen por consecuencia la inseguridad y el miedo a lo peor, base social de la ola de nacionalismo y reacción que avanza sobre el globalizado mundo, y cuya profundidad y naturaleza los partidos tradicionales se esfuerzan por camuflar y caricaturizar. El miedo a un nuevo imperialismo, a la pérdida de la independencia y la identidad nacionales es la base social cuyo desamparo infraestratégico alimenta la nueva ola de nacionalismo que invade el mundo, fácilmente recuperada y reforzada por los partidos tradicionales, tras el camuflaje y la coartada de los nuevos. El nacionalismo de las grandes y menos grandes potencias impulsa la marea general ascendente y totalitaria del fascismo real, y es el fundamento del nuevo orden político mundial que se implanta y refuerza día a día.

Es en Holanda, según dicen, donde más rápidamente avanza el “nuevo fascismo”. Dato eminentemente significativo, si no consolador, es España el único país de Europa donde el fascismo no avanza. De donde “se” deduce que España es el país más democrático de Europa, que Holanda es el más fascista. Es verdad que el fascismo español tomó ya el poder en 1936-39 y, como único superviviente de los triunfos del Eje, lo ha conservado y confortado ampliamente desde entonces, lo que ha hecho difícil todo ulterior intento. El modelo español, modelo, referencia y parangón de la UIE y de la potencia hegemónica no es la “forma democrática de prevenir el avance del fascismo”, pero es la que parece gozar de mayor predicamento en los actuales momentos. La reserva moral del Occidente se ha convertido ya en el bunker de la libertad y la democracia en Europa y en el mejor aliado de la potencia hegemónica, que defiende en todo el mundo la causa de la libertad, de la justicia y del bien contra el mal.

Tras la retórica engañosos de costumbre, tras las declaraciones de “intransigente repulsa” a los principios fascistas, se dibuja la necesidad de integrarlos “convenientemente adaptados”, con el fin de “neutralizarlos”, de hacerlos “inofensivos”, “previniendo” así un nuevo brote ofensivo. Sorprendente astucia, asombroso recurso maquiavélico de la “democracia”, la incorporación de las fuerzas, los métodos y los objetivos del fascismo con una presentación y una realización más viable y performante, precisamente para defender la democracia y desarmar al fascismo. La operación sale redonda, y las masas populares cumplen con su papel sin enterarse o sin querer enterarse de nada.

Bien entendido, su apoyo se presenta como “puntual, reservado, limitado”. En cuanto el peligro inminente haya pasado gracias a su lucidez y abnegación al servicio de la democracia y de la libertades, se habrán acabado las contemplaciones y la concesiones. Una oposición firme, decidida, ofensiva y hasta agresiva, dentro del respeto a las instituciones, va a tomarse, según dicen, una revancha terrible por la humillación que ha sufrido y aceptado en bien de la libertad y la democracia. Los partidos “de izquierda” que manifestaban hace poco el papel

nefasto, reaccionario, la corrupción de la “derecha”, votan y celebran a seguido “la victoria de la democracia, de la libertad, del humanismo, de la república, de la unidad nacional”, encarnadas en “el salvador de la patria en peligro, de la civilización frente a la barbarie”. Van a combatir de nuevo, según dicen, horas más tarde, la incapacidad y los desmanes de los salvadores de la víspera, favorecidos con la afluencia masiva de los votos de la “izquierda”. Su credibilidad democrática saldrá, según dicen, reforzada de tan terrible prueba.

Sería particularmente ingenuo creer que la incapacidad teórica ha llevado a la “izquierda” tradicional a tales derivas. Su capacidad teórica no está en cuestión, al menos en tal medida. Quienes “caen” en tan burda trampa ponen en evidencia no su equivocación, sino su verdadera naturaleza. Es la declaración de impostura, de incapacidad y, finalmente, de inexistencia, de la pretendida oposición oficial. No cabe confundir lo demócratas que se equivocan con los secuaces complementarios del nacionalismo y del fascismo reales. Con su integración en las fuerzas del nacionalismo y el fascismo tradicionales, los nacionalsocialistas no menos tradicionales ponen simplemente en evidencia su propia inexistencia como izquierda o como demócratas.

Están, según dicen, “inquietos, sorprendidos y aterrados por la amenaza de extremismo y de intolerancia” que ofrece la nueva situación. Pero cuando se asumen los valores, las tesis, los fines, los métodos y, ante todo, el nacionalismo de la derecha tradicional, cuando se hace la política fascista y nacionalista de la derecha tradicional, se forma parte de la “nueva” derecha nacionalista integrada, en funciones complementarias simétricas de las cubiertas por la “extrema derecha”. Los nacionalistas “de izquierdas” no actúan como lo hacen por equivocación. Actúan como lo hacen porque ese comportamiento corresponde a sus objetivos reales, y la cosa no viene de hoy, aun cuando el nuevo orden mundial impulse su amplificación. Cuando partidos “democráticos, de izquierda, socialistas, comunistas”, dirigen la represión de la libertad de los pueblos en estrecha colaboración con sus compinches franquistas o neo-falangistas, como antes dirigieron la infame guerra y la feroz y sanguinaria represión de Argelia y otros países contra las poblaciones de campesinos miserables y semi-analfabetos producto del colonialismo, cuando votan, “para salvar la democracia y cerrar el paso al fascismo”, al protagonista de la nuclearización francesa del Pacífico, los que todavía se hacen ilusiones al respecto no tienen verdaderamente remedio. No es en los colegios electorales donde se necesitan guantes y pinzas en las narices, basta con no pasarse por allí. Es la presencia del nacionalismo y el fascismo en toda la vida pública la que hace obligado en todas partes el uso de máscaras y combinaciones anti-gas.

Los “moderados y radicales” actores del timo “abertzale” en los territorios ocupados del Estado vasco llevan cuarenta años votando y apoyando a la república por miedo a la monarquía, a la monarquía “democrática” por miedo al ejército que la fundó, votando al PsoE por miedo a AP, al MRP por miedo al PcF, al PsF por miedo al Rpr, al Rpr por miedo al FN, al Pnv por miedo al Pp franquista tradicional. Los que votaron al PsF consiguiendo así “un parlamentario europeo y además una mujer”, pudieron ver a su representante interrumpir el curso de una sesión parlamentaria para recordar a Europa que “el pueblo vasco no existe”. Ahora votan, “para salvar la democracia en el País Vasco”, al partido nacionalista de Chirac, Debré, Toubon, Pascua, Sarkozy y Cia, expresión real y actual de la negación de los derechos

de los pueblos y de los pueblos mismos, secundado sin condiciones por el nacional-socialismo francés en pleno, todos ellos coautores con el fascismo español de la represión de los derechos nacionales del pueblo vasco. Acabarán votando al Pp franquista por miedo sentido o fingido al primer general que amenace con “sublevarse” o cumpla su misión de espantapájaros por las televisiones “nacionales y regionales” del monopolio español. Pero los generales se sublevaron, de verdad, hace mucho tiempo, y la clientela española no necesita por ahora espantajos suplementarios. Bastante tiene con lo que hay. Si el pueblo español, curado de espantos, no se asusta con el partido franquista tradicional y sus comparsas, qué le va ya a asustar.

Los partidos “abertzale” que, después de más de cuarenta o más de cien años de triunfos electorales, se buscan pretextos para votar directa o indirectamente al nacionalismo francés en las “elecciones” montadas y preparadas por el imperialismo en los territorios ocupados, tampoco se han equivocado. El derrotismo oportunista-realista-posibilista-minimalista trata de hacer olvidar que no hay política democrática que valga sin una resistencia organizada independiente, con un contenido estratégico que sus “dirigentes” son incapaces siquiera de concebir y cuya simple evocación no pueden siquiera soportar. Toda excusa vale para no ver las cosas como son, para evitar meterle el diente al duro mendrugo de la realidad de fuerzas. Su apoyo efectivo al imperialismo radical es consecuente con la política de liquidación que ha llevado a este país a la nulidad estratégica.

También ellos, bien entendido, “esperan” que los favorecidos con tan democrática asistencia “tendrán en cuenta tales servicios y acometerán sin tardar las reformas que se imponen”. Tal vez una consulta democrática para conocer la opinión sobre la oportunidad de una consulta democrática para considerar la conveniencia de solicitar un departamento francés con una prefectura sería una recompensa adecuada y proporcionada para tanta abnegación. Si eso todo lo que el pueblo vasco puede “democráticamente” pretender a estas alturas, la conclusión es que el pueblo vasco no existe, afirmación de partida del imperialismo. No es la incapacidad popular la que impide a sus “dirigentes” adoptar objetivos de algún contenido político. Son los objetivos de liquidación que se ofrecen los que hacen absurda su adopción popular. Entre una política que hay y otra que no hay, entre una mala solución y una ridícula parodia de solución, el “voto útil” siempre irá a la primera. No se hace creíble una política, no se moviliza un pueblo arrastrando su inteligencia y su dignidad por el suelo. Solamente se le disminuye, demoraliza, divide e incapacita.

El resultado “práctico” de la vía fascista-realista-posibilista-minimalista es la patética demanda de la “autonomía otorgada”, recurso táctico del propio régimen español, es la pretensión de una demanda para “consultar sobre una consulta para decidir” sobre un derecho humano fundamental, es la humillante, patética, paseísta, estéril y reaccionaria demanda de un departamento francés “con una prefectura”, vía muerta táctica que el nacionalismo francés impone, mantiene y utiliza desde hace veinticinco – o doscientos – años para controlar y congelar toda veleidad de oposición en los Bajos Pirineos. Los que tremolan la bandera de este país con la del imperialismo en manifestaciones de “confraternidad democrática contra el fascismo” hacen la apología del régimen imperialista de ocupación. Votan por el monopolio terrorista y nuclear, mientras “condenan” los atentados que su propia colaboración provoca.

Votan para engordar el bastón con que el “nuevo poder democrático consolidado” va a seguir golpeando a este sufrido e indefenso país. Votan a los protagonistas de los más terribles crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad. Votan, aunque sus vacías e hipócritas declaraciones pretendan lo contrario, contra el derecho fundamental de autodeterminación de los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás, contra el derecho fundamental de integridad e independencia de los Estados históricamente constituidos.

2014ko Maiatzak 27.